



La magia de pertenecer

EL OCEANO DE TUS OJOS

Beatriz Gefer

Licencia de uso para esta edición: La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de descargar tu propia copia en el sitio web correspondiente. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

*** **
—

Relato en un día de Diciembre.

El círculo del amor perfecto.

Por todas partes hay princesas escondidas resignadas a permanecer ocultas a la vista de los demás hasta que un día aparece alguien que puede verlas, pero verlas de verdad, por dentro. Si la princesa tiene suerte, el caballero que la ha visto, la tomará de la mano y la ayudará a salir poco a poco de su escondite para amarla de todas las formas en las que un hombre puede amar a una mujer. Si el caballero tiene suerte, la princesa le entregará su cuerpo, su mente y su alma sin reservarse ninguna parte. Ella le dirá que quiere ser su huella, no su cicatriz. Él le dirá que ella es una persona especial, mágica y que nunca podrá olvidarla porque ya forma parte de él. Los dos son conscientes de lo que fueron en el pasado, de lo que son en el presente y de lo que podrán ser en el futuro. Ella dice que son almas enamoradas que nunca mueren y que se reencuentran a lo largo de la eternidad reencarnadas en otros cuerpos. Nunca se atrevieron a decir que aquello tenía que ser lo que todo el mundo llama amor verdadero y que, una vez encontrado, uno no puede escapar de él porque ya no son dos personas que puedan vivir por separado, ahora comparten una única alma. El destino les debe que el tiempo, los momentos y los espacios coincidan, porque su amor es infinito y crecerá cada día hasta poder completarse cerrando el círculo, el círculo del amor perfecto

B&B

CAPITULO 1

“La decisión de besar por primera vez es la más crucial en cualquier historia de amor.”

Emil Ludwing

Carlos llegó a la puerta de urgencias del Hospital Gregorio Marañón casi hora y media después de haber abandonado la celebración de la boda de Héctor y Lola. Aún vestía el pantalón y la camisa de su esmoquin, pero había dejado en el coche la chaqueta y la pajarita. No había querido perder el tiempo cambiándose cuando supo que Mel llevaba horas en el hospital sin que nadie se preocupase por ella. Se limitó a recoger las prendas del armario de su habitación en el hotel y a introducirlas de cualquier manera en la pequeña maleta que había llevado para pasar el fin de semana en Toledo. Durante todo el tiempo que duró el viaje, repasó una y otra vez lo sucedido desde el jueves por la tarde. Mel se presentó en la peluquería de Lola mientras todos los amigos estaban celebrando la nueva etapa empresarial de La Pelu de Lola. Carlos nunca había oído hablar a Lola de Mel, la hermana pequeña de Juan, su exmarido. Carlos odiaba a Juan, lo odiaba por ser un maltratador, por traficar desde su cadena de gimnasios con anabolizantes y otras sustancias dopantes y por haberle hecho daño a sus mejores amigos. A Helena, la mujer de Jack, la había herido en un altercado en el Chances, uno de los locales de copas que su amigo Héctor tenía en la capital, además, como no se había atrevido con el apartamento de Lola, Juan había ordenado asaltar el domicilio de Helena poniéndolo todo patas arriba. A Lola, la reciente esposa de Héctor, la había maltratado de todas las formas posibles en las que un hombre puede maltratar a una mujer, aún se le ponían los pelos de punta cuando recordaba las fotos que figuraban en el expediente que le habían entregado para preparar la demanda contra Juan. Las heridas en cara y cuerpo habían sanado, sin embargo, las heridas emocionales de la violencia machista casi consiguen destruir la pareja que Héctor y Lola

luchaban por formar. Por fortuna todo eso había quedado atrás y ahora ambos estarían disfrutando de sus invitados ya que, cuando él abandonó el hotel, aún no había terminado el baile nupcial. Tenía el cuerpo vuelto del revés desde que recibió la llamada del agente Velasco comunicándole que, aquella misma mañana, un vecino había alertado de la agresión a una mujer en el apartamento de Lola, al parecer, había visto a dos tipos huir por las escaleras dejando atrás a una Mel herida e inconsciente. La policía había tardado horas en percatarse de que ese era el domicilio de la mujer que les había ayudado a detener a Juan Fernández, fue entonces cuando se pusieron en contacto con el agente al cargo de aquel operativo, que no era otro que Jaime. Éste les había informado que el domicilio de Lola estaba siendo ocupado por su ex cuñada y hermana de Juan, Carmen Fernández, Mel, su Mel. La misma Mel que él había acompañado el día anterior a la comisaría para informar a la policía que, tras visitar a su hermano en la cárcel, éste le había ordenado retirar una enorme cantidad de dinero de una cuenta bancaria que Juan había abierto a su nombre, pero cuya existencia Mel desconocía hasta aquel mismo instante. Con ese dinero, el próximo jueves Mel debía de acudir a una gasolinera a las afueras de Madrid donde se encontraría con alguien, gente peligrosa según su hermano, que la estaría esperando para recibir el pago de una supuesta deuda que él había contraído. El malnacido de Juan no había tenido reparos en involucrar a su inocente hermana en sus tejemanejes, en sus actividades ilícitas y, en vez de protegerla, no había tenido escrúpulos en enviarla directamente a las fauces del lobo. Carlos se jugaba todo lo que tenía a que lo que le había sucedido a Mel estaba directamente relacionado con esa deuda. Le tembló el corazón al recordar el aspecto desamparado que presentó la chica cuando, asustada, había acudido junto a su ex cuñada con la intención de pedirle disculpas por el comportamiento de su hermano. Aunque en un primer momento ninguno de los presentes la creyó, Mel sostenía que acababa de enterarse de todas las mentiras de Juan. Se la veía muy perdida asu-

miendo que, además de un maltratador, su hermano era un traficante encarcelado. La buena de Lola no había permitido que ninguno de los presentes, sobre todo Héctor y Jack, culpasen a Mel de las acciones de su exmarido. Había zanjado las protestas de ambos asegurando que Juan no había sido un buen marido, ni tampoco había sido un buen hermano y que ella estaba dispuesta a que Mel continuase en su vida. Entonces fue cuando él entró en acción, aún ahora no entendía muy bien lo que lo había motivado a acercarse a la chica, la mano le picaba recordando el momento en el que acunó su mejilla y barrió sus lágrimas con el dedo pulgar. La sintió temblar asumiendo su derrota, había acudido en busca de ayuda y se había encontrado con dos machos alfa cuya principal misión era la de proteger a sus mujeres de la influencia de Juan y Mel, para su desgracia, era la única familia de Juan. La casualidad había hecho que uno de sus tutores en la Universidad de Navarra, como respuesta a la desesperada petición de ayuda de Mel cuando ésta había descubierto su precaria situación en Madrid, le hubiese concertado una entrevista de trabajo en Anderson & Asociados. Esa era, ni más ni menos, que la empresa de seguridad de la familia de Jack, el marido de Helena, que también tenía a Juan en su punto de mira. Esa entrevista se había esfumado en el aire cuando su amigo supo la identidad de la candidata, sin embargo, no todos le habían dado la espalda a Mel. Carlos estaba seguro de que Lola y Helena estaban actuando como celestinas cuando le hicieron a Mel la misma propuesta que Carlos le había hecho en su día a Helena. La embarazada mujer de Jack era su ayudante, su secretaria, y no dudó en hablar por él cuando le propuso a Mel el trabajar codo a codo con ellos en previsión de su próxima baja maternal. Helena le había confirmado que, al igual que Carlos había hecho con ella en su día, se le descontaría de la nómina una pequeña parte, ello le permitiría cubrir la minuta de la asistencia legal que se le prestaría desde el despacho y que, era evidente, Mel iba a necesitar para salir del atolladero en el que estaba metida. Helena se mantuvo firme a pesar de Jack, éste se negaba

en rotundo a que la hermana de Juan estuviese dentro de las instalaciones de Anderson & Asociados. No hacía mucho que Carlos había aceptado la oferta de Jack de trasladar allí su despacho, él era consciente de que el principal motivo que había tenido su amigo para hacerle aquella oferta, no era otro que el deseo de que su mujer trabajase cerca de él. Aún a riesgo de perder una cuenta como la de Anderson & Asociados, Carlos se enfrentó a Jack. También hubo de plantarle cara a Héctor, quien tampoco soportaba la idea de que algo cercano a Juan volviese a tocar de cerca a su mujer. Al final, entre los tres habían conseguido vencer a sus dos amigos, Mel acababa de entrar en su círculo.

—Abogado.

Carlos se volvió al escuchar el apelativo por el cual solían llamarlo los inspectores Hernández y Ferreras, a los que él y sus amigos habían prestado ayuda en dos de sus últimos casos. No eran ellos. Era Jaime. Hacía semanas que no lo veía, desde que Lola había firmado su declaración como partícipe en el operativo para detener a Juan. Su aspecto seguía siendo el mismo de entonces, cabeza afeitada, barba negra muy poblada y unos ojos verdes tan claros que parecían transparentes. Como siempre, vestía de paisano y de negro, llevaba una ajustada camiseta de manga corta que dejaba al descubierto sus musculosos brazos, uno de ellos lleno de tatuajes tribales de colores vibrantes. Su rostro era serio y a Carlos le temblaron las manos al saber que no era portador de buenas noticias, intentó dominarse y procedió a saludarlo. Jaime le estrechó la mano y le golpeó amistosamente la espalda.

—¿Mel?

—Está inconsciente. Lleva horas así.

Carlos agachó la cabeza sintiéndose culpable y sus palabras no ocultaron su amargura.

—Es mi culpa. Debí prever que, estando Juan involucrado, Mel no estaba fuera de peligro.

—También es mi culpa —Reconoció Jaime —Imaginé que ibais a actuar como habíais hecho con Lola. Debí pre-

guntar si iba a estar protegida. Lo siento de veras Carlos, últimamente tengo la sensación de que no hago más que pasar cosas por alto.

Carlos aceptó sus disculpas sabiendo que Jaime aún se torturaba por el riesgo que había corrido Lola durante el operativo para detener a Juan, la habían dejado sola con su exmarido más tiempo del previsto aunque, por fortuna, Lola sólo había recibido un pequeño rasguño durante el forcejeo con Juan.

—Ahora poco importa eso —Le aseguró Carlos —No voy a volver a subestimar a Juan y sé que tú tampoco lo harás.

—Que te quede claro Carlos... voy a estar informado de todo lo que hace en la cárcel, a quién recibe, a quién llama, cuando mea... todo... ese cabrón lo tiene jodido conmigo.

Carlos volvió a asentir, sin embargo, en ese momento, él sólo tenía una preocupación, Mel. Temía haberla perdido antes incluso de haberla podido besar por primera vez, antes de haber podido comprobar si toda aquella electricidad que se había generado entre ambos en las dos ocasiones que se habían visto quería decir lo que él pensaba. Tenía pánico a la siguiente pregunta, pero debía hacerla lo antes posible.

—¿Qué le han hecho esos cabrones? ¿La han...? —En su cabeza se acumulaban las palabras para nombrar su temor, violado, vejado, forzado... no fue capaz de verbalizar ninguna de ellas.

Jaime lo miró a los ojos. Entendía a la perfección lo que Carlos le estaba preguntando y también acababa de comprender que Mel era para el abogado mucho más que una cliente llegada de rebote a su despacho. Le fue franco.

—No —Le adelantó justo antes de relatarle los pormenores que le iban a provocar casi el mismo daño que si la respuesta hubiese sido afirmativa —La ha revisado una ginecóloga de guardia, la Doctora Garbajosa.

—La conozco bien. Es una excelente profesional.

—Carlos —Jaime lo soltó todo de un tirón —El caso es que cuando los agentes llegaron al apartamento se encontraron a Mel tirada en el suelo, en medio de la sala de estar y desnuda, el pijama estaba hecho jirones a su lado, tenía marcas de golpes por todo el cuerpo, incluidos los muslos —Levanto la mirada para enfrentar al abogado y le posó una mano en el hombro —Creemos que el vecino fue providencial para evitar la agresión, debió de hacer algún ruido que los alertó y huyeron justo antes de que él llegase.

Carlos tenía un nudo en la garganta. ¡Joder! ¡Hijos de puta! Recordó su mirada resignada cuando la dejó en el apartamento tras la visita a la comisaría. Él había deseado besarla y ella lo había percibido, se había quedado muy quietecita en medio del salón, sin rehuirlo y con la mirada fija en sus ojos, en cambio, él había optado por despedirse con una leve caricia en la mejilla, se había excusado con ella diciéndole que debía de partir para no llegar tarde a la cena que le habían organizado a Héctor en su última noche de soltero. “El lunes hablaremos” le había dicho. Mel se había limitado a asentir y a no moverse mientras él abandonaba el apartamento cerrando la puerta a sus espaldas. Ni tan siquiera le había preguntado por sus planes para el fin de semana, sin familia, sin amigos en Madrid había sido un cabrón insensible al no interesarse por ello. En aquellos momentos su único objetivo había sido huir de lo que Mel hacía a sus sentidos, porque aquella pequeña mujer de veinticinco años estaba poniendo todo su interior patas arriba y, en su fuero interno, sabía que un beso no hubiera sido suficiente y la cena con Héctor habría quedado olvidada. Bien, última vez que contenía sus ganas de besarla, la próxima vez, si había una próxima vez, no echaría el freno a sus instintos.

—¿Puedo verla?

—Hace un par de horas que la han subido a una habitación. Les he ordenado que sea una habitación individual y le he puesto vigilancia las veinticuatro horas del día. El

primer agente ya llegado, por eso yo he bajado a esperarte.

—Gracias Jaime —Carlos estaba satisfecho con lo dispuesto por el agente. No sabía si sus recursos económicos iban a bastar para pagar los servicios de Gus, el fiel empleado de Héctor que se había encargado de escoltar a Lola mientras se esperaba a que su exmarido fuera detenido. En todo caso, iba a hablar con Héctor al respecto en cuanto éste volviese a Madrid. Los recién casados habían pospuesto su luna de miel ya que el embarazo gemelar de Lola requería más revisiones de las habituales y tenían programadas varias citas en los próximos días. No pudiendo hacer nada más respecto a ese tema hasta hablar con su amigo, lo apartó de su mente para percatarse de que Jaime aún no le había respondido. —¿En qué habitación está?

Jaime se rascó la cabeza indeciso, había acordado con los médicos unas pautas muy determinadas para las visitas. Habían pactado que sólo podría entrar la familia y siempre previa autorización de Jaime. Las medidas adoptadas le sentarían al abogado como una patada en el culo.

—He de autorizar cualquier visita. Los médicos y yo lo hemos decidido así. Sólo la familia.

Carlos no podía creer lo que estaba escuchando. Aquel Geyperman, como Gus lo llamaba, no tenía ni puta idea de lo que estaba diciendo. Por sus cojones que él iba a pasar la noche con Mel. Familia... si la pobre chica, que él supiese, no tenía familia.

—Yo soy su única familia.

—Venga Carlos... —le dijo Jaime molesto—, no me jodas...

—Te lo voy a repetir... a ver si te enteras de una vez —Carlos habló con un tono de voz bajo pero firme —Yo. Soy. Su. Única. Familia. Su hermano está en la cárcel, ya lo has oído cuando la interrogaste en la comisaría, la criaron sus abuelos y ambos están muertos.

—Eso no quiere decir que tú seas su familia.

—No. Eso quiere decir que Mel es mía, mejor dicho, va a ser mía.

—¿Es tu prometida? —Jaime lo miró con los ojos entrecerrados intentando averiguar la veracidad de esa afirmación.

—Llámallo como quieras —A Carlos le valía —Ahora llévame junto a ella o te juro que llamo a Laura, la Doctora Garbajosa, y me cuelo en la habitación.

—¿Es una amenaza? —A Jaime le estaba tocando los cojones el tono chulesco del abogado.

—Mira Jaime... —Había llegado la hora de jugar sucio—. ¿Recuerdas el operativo para detener a Juan? —Lo vio asentir—. Pues entonces recordarás tan bien como yo a cierto agente de la UDEV que abrazaba a Lola mirándola como si estuviese dispuesto a cargársela sobre un hombro para reclamarla como suya, todo ello a pesar de que sabía que era la mujer de otro hombre.

Jaime abrió y cerró la boca ahogando una maldición. Sabía que en algún momento le pasaría factura el instante de flaqueza que sufrió cuando Lola se refugió en su abrazo llorando desconsolada. Jack, Carlos y Gus habían percibido con claridad que él estaba muy atraído por aquella mujer y, aunque al final había aceptado su derrota con deportividad y se había apartado a un lado, el abogado no estaba dispuesto a olvidarlo. Las palabras de Carlos le dieron la estocada final.

—Ahora yo soy ese agente y Mel es Lola. La diferencia es que no hay un Héctor, así que... dime Jaime ¿Vas a llevarme de una puta vez con Mel?

Jaime asintió con la cabeza y, sin pronunciar palabra, acompañó al abogado hasta la habitación de Mel. Informó al agente que hacía guardia en la puerta de que, por el momento, Carlos era la única visita autorizada en aquella habitación, al tiempo que procedía anotar su nombre y DNI en el listado en el que ya figuraban los médicos que la estaban tratando y todo el personal de la planta del hospital en la que habían instalado a Mel.

Carlos cerró la puerta a sus espaldas, la habitación estaba a oscuras, la única iluminación provenía de las luces halógenas que estaban encima de la cama. Se acercó con el corazón latiendo a toda velocidad. Mel estaba tumbada de espaldas, la sábana la tapaba hasta el pecho y tenía los dos brazos estirados por fuera de la misma. En una de sus muñecas tenía una vía a través de la cual suponía le estaban administrando alguna medicación, algún tipo de calmante a tenor de las marcas que había por todos sus brazos. Tragó saliva y la miró a la cara, no estaba preparado para ver los golpes desfigurando su precioso rostro, aquello era como las imágenes de Lola que había guardado en la caja fuerte de su despacho. La diferencia era que a él, esperaba que Lola lo entendiese, esos golpes le dolían diferente, había sentido la necesidad de golpear a Juan cuando vio las fotos de su amiga, sin embargo, ahora estaba seguro de que sería capaz de matarlo si lo tuviese delante. Tenía los puños cerrados con fuerza a sus costados y estaba apretando la mandíbula hasta casi rompérsela para contener el grito de frustración que amenazaba con salir de su garganta. Pasó unos minutos grabando en su memoria todos y cada uno de los golpes de su rostro, la mejilla derecha, encima de la ceja izquierda, la barbilla... descendió y comprobó que el camisón dejaba a la vista uno de sus hombros, allí también había un gran golpe, los brazos parecían gemelos al tener marcas casi simétricas, cerca de la muñeca izquierda había una venda con un rastro de sangre. No se atrevió a levantar la sábana para mirar el resto del cuerpo. Tomó aire y se agachó hasta que sus caras quedaron a la misma altura, le acarició el cabello, lo tenía extendido en la almohada y, efectivamente, no se había equivocado, era de un precioso color miel que pasaba desapercibido cuando Mel se lo recogía en una coleta. La mano le tembló, el cabello era suave y ligeramente ondulado. Quiso besarla, pero no iba a hacerlo en los labios, ese beso estaba reservado para cuando ella estuviese consciente, consciente para recibirlo y para desearlo. Posó sus labios suave-

mente en la frente justo en el lado que estaba libre de golpes.

—Nena... Mel... soy Carlos. Siento mucho no haberte protegido mejor.

Mel no se movió y Carlos se levantó para coger una de las sillas que había en la habitación, la acercó a la cama y se sentó. Apenas podía acomodar en ella su metro noventa y cinco pero no le importó. Le tomó la mano en la que tenía la vía y comenzó a acariciarle los dedos mientras fijaba la vista en su rostro dispuesto a no moverse de allí hasta que Mel abriese los ojos. Quería que la suya fuera la primera imagen que ella viese cuando recuperase la conciencia.

Mel sentía los párpados pesados y un dolor sordo le recorría todo el cuerpo. Le dolía todo, desde el pelo hasta los dedos de los pies, intentó abrir los ojos pero no pudo. La cabeza también le dolía y notaba un hormigueo en su mano, era como una caricia y aquella era una sensación totalmente diferente a la que sentía en el resto de su cuerpo. Intentó abrir los ojos de nuevo y la luz le molestó cuando consiguió entreabrirlos, los volvió a cerrar con rapidez y se asustó ligeramente cuando sintió que alguien se cernía sobre ella. Su mente intentaba prevenirla acerca de algún peligro pero ella no era capaz de distinguir qué era lo que le estaba sucediendo, estaba asustada y a sus oídos llegó una voz que le habló de manera muy suave.

—Mel cariño... abre los ojos... soy Carlos. Estás a salvo.

Carlos se había levantado como un resorte cuando la vio abrir los ojos. Llevaba cuatro horas sin moverse de su lado, eran casi las cinco de la mañana y varias enfermeras habían pasado por la habitación para verificar las constantes vitales de Mel. Lo hacían aproximadamente cada hora, de hecho, no faltaría mucho para que volviesen a aparecer por allí. Antes de que los médicos se la arrebatasen, tenía que hablar con ella.

—Venga cariño... abre los ojos...

Carlos, era Carlos el que le hablaba. No sabía que el indiferente, como lo había bautizado el día en que lo conoció, pudiese hablar tan dulce. Sabía que sus manos eran dulces, la había acariciado un par de veces pero su voz, su voz sonaba tan distinta al tono profesional que había utilizado con ella, que hizo el esfuerzo de abrir los ojos para comprobar que quien le hablaba era realmente aquel adonis rubio de ojos azules.

—Eso es —Carlos esbozó la sonrisa que derretía a todas las mujeres entre ocho y ochenta años en un radio de un kilómetro a su alrededor, por lo menos así era como Lucía, la madre de su amigo Jack, había bautizado a esa sonrisa —Nena... tienes unos ojos preciosos...

Era Carlos, no le cabía duda, estaba viendo muy cerca de su cara. Era el hombre más guapo que Mel había visto en su vida y su corazón latía loco cada vez que lo tenía cerca. Ahora no era una excepción, además la ponía nerviosa tenerlo inclinado sobre ella y resultaba increíble escucharlo decir que sus ojos eran preciosos. Nunca nadie antes había halagado el color oscuro de sus ojos. No entendía por qué ella estaba acostada en aquella cama y tampoco entendía por qué él le sonreía así.

—Carlos... ¿Dónde estoy? —la voz le salió ronca y no la reconoció como propia.

Carlos procuró detener el temblor de su mano antes de acariciar con mimo su cabello al tiempo que le respondía.

—Cariño... estás en el hospital ¿Recuerdas lo que te pasó?

Mel no podía retirar la mirada de los ojos azules de su abogado. Eran de un azul tan peculiar, tan oscuro, que conseguían atraparla sin esfuerzo. Intentó recordar por qué estaba en el hospital, su mente estaba haciendo un esfuerzo titánico por recordar, era como si tuviese algo al alcance de la mano y se le escapase por milímetros, de repente consiguió salvar esos milímetros y el recuerdo se presentó golpeándola como la habían golpeado aquellos dos hombres